

# Las vías inciertas de la transitología

**Michel Dobry**

*Político y profesor. Universidad de Paris X-Nanterre.*

El propósito de este artículo es explorar algunos de los problemas que encuentran las ciencias sociales cuando se dan a la tarea de tratar de comprender o explicar los procesos que, por buenas o malas razones, se han dado en de llamar «transiciones democráticas».<sup>1</sup> Sin embargo, su objetivo no es tan amplio. Más bien me limito a cuestionarme sobre los principios explicativos de estos procesos por investigadores que han intentado construir enfoques más o menos «adaptados» a ellos, y que aquí identifico como «transitología».

Si las conmociones experimentadas por las sociedades de Europa central y oriental a partir de 1989 han representado para la transitología una oportunidad y un campo de experimentación excepcionales, esta ha sufrido también, de retorno, un impacto del que no parece haber salido intacta. Al menos en apariencia, se ha tomado en cuenta algo importante en el deslizamiento terminológico entre «transiciones» y «transformaciones». Si creemos a los teóricos de la *path*

*dependence*, el desafío sería depurar el análisis de estas conmociones de toda tentación o residuo de interpretación teleológica.<sup>2</sup> Discutiré más adelante el alcance de esta reivindicación. Pero diré que las perspectivas de la *path dependence*, afirmadas en el terreno empírico de las transiciones de 1989 en Europa central y oriental, siguen estando próximas a la primera ola de la transitología, la clásica, que ha elaborado sus sistematizaciones teóricas a partir de las experiencias sudamericanas y de Europa del Sur. En esta última ya aparece la misma fascinación por las vías mediante las cuales estas sociedades se han desprendido de los sistemas autoritarios (*extrication path*, lo que traduciré como «vías de desprendimiento») y la misma fe en que esas vías son determinantes, es decir, en su poder explicativo.

Entenderé aquí por «transitología» una gama de perspectivas diversificadas, incluyendo las de un número de autores que quizás no aceptarían muy gustosamente que se incluyan bajo una etiqueta que han denunciado de manera explícita y vigorosa. Las diferencias entre las dos perspectivas antes citadas a menudo son reales. De una parte, tienden a ciertos aspectos de la especificidad histórica de las «transformaciones»

Ensayo aparecido originalmente en *Revue Française de Science Politique*. Agradecemos al autor su autorización para publicarlo en *Temas*.

ocurridas en Europa central y oriental, en particular la simultaneidad de las transiciones políticas y económicas, de ahí el interés de muchos investigadores por apearse al enfoque de la *path dependence* para la emergencia de una economía de mercado. De otra, los trabajos apegados a una de las dos perspectivas son en extremo diversos y sería artificial atribuirles una problemática homogénea.

Creado por los «transitólogos» de la perspectiva clásica, el término «transitología» no tiene, a mi juicio, ningún contenido peyorativo. Lo utilizo aquí solamente por comodidad, sin ninguna voluntad de ignorar las diferencias que se pudieran oponer a los enfoques así agrupados. Pero para tratar de responder a las cuestiones mencionadas en este artículo, necesitaré ir más allá de las reivindicaciones y de las estrategias de distinción llevadas a cabo por los defensores de sus perspectivas, y aceptar los diferentes enfoques en sus maneras de afirmar la especificidad teórica de los procesos analizados, en aquellos que fundan su pretensión a un tipo de explicación adaptada a esta especificidad, y por último, en lo que representa su pretensión teórica y empírica.

Así serán abordados varios problemas que, al ser examinados, llegan a constituir algunas de las dificultades más recurrentes de la transitología en su conjunto —las que tratan de justificar las transiciones a la democracia y/o las que describen el paso a las economías de mercado. Se verá que a menudo, esas dificultades no son del todo, específicas: las más importantes regresan a las opciones metodológicas «fuertes» y a maneras particulares de prever la causalidad histórica o, mejor, de construir la «intriga histórica».<sup>3</sup>

Para la discusión, revisaré cuatro conjuntos de problemas<sup>4</sup> que tiene que ver con los siguientes puntos:

- Las dificultades relacionadas con el presupuesto de justificar las transiciones consisten en identificar las *vías o secuencias históricas* que serían típicas y podrían asociarse a puntos de conclusión o resultados propios —por ejemplo, una democracia consolidada. Extrañamente, esta tentación persiste incluso en los trabajos que optan por un análisis de estos procesos en términos de las «opciones estratégicas» de sus protagonistas.
- El peso de la *determinación del pasado*, que se supone debe contar, y *la manera en que cuenta*. Especialmente en los enfoques de la *path dependence*, estaremos ante una inesperada ambigüedad que conduce a dos problemas complementarios: el primero, cómo se selecciona, separa y concibe el pasado pertinente, que se supone determina y alimenta el proceso de transición o de transformación; y el segundo, qué tipos de «imaginarios causales» entran en escena para justificar la marcha histórica de estos procesos.

- Las «bifurcaciones» históricas (*critical junctures*) observables, o al menos supuestas, en el curso de esas evoluciones, equivocadamente asimiladas —y esta vez se trata del conjunto de los principales enfoques de la *transitología*— como coyunturas críticas o grandes acontecimientos. En relación con esta manera de pensar, está «la marcha de la historia» según la entienden algunos de los autores más importantes de la transitología clásica: la tentación de un *excepcionalismo metodológico* para justificar las transiciones; es decir, la tentación de su aprehensión prioritaria o exclusiva, en términos de opciones estratégicas de los actores de estos procesos.
- Finalmente, la cuestión del sistema democrático *consolidado*, que no debe confundirse con el proceso de transición en sí.<sup>5</sup> Una de las mayores fuentes de dificultades que presenta la transitología reside en el uso —a primera vista seductor, pero incontrolado y posiblemente esencialista— de la idea de incertidumbre como característica definitoria de la democracia.

## ¿Trayectorias históricas típicas?

La idea que aparece de manera más espontánea en la mente de quien quiera explicar y construir una «teoría de las transiciones» es la de una o varias secuencias, caminos o trayectorias históricas que serían características de fenómenos distintos. Esta opinión presentaría, aparentemente, inmensas ventajas. Hace posible un análisis comparativo, por ejemplo, a la manera de la «historia natural de las revoluciones», para identificar «uniformidades» recurrentes, articuladas usualmente en una «secuencia de etapas», como «liberalización-democratización-consolidación», mediante el conocido «método de las similitudes y de las diferencias». Tiene otra ventaja: la posibilidad de proponer un recuento histórico plausible, es decir, que relacione un punto de partida, un origen<sup>6</sup> —por ejemplo, cómo sería la división en el seno de las élites dominantes— y con un punto de llegada de la secuencia, tal en el caso de una democracia inestable, o por el contrario, autosostenida (*self-sustaining*). Otro beneficio aparente sería que, por oposición a lo pretendido por Theda Skocpol en su crítica de la «historia natural», y en contraste con su propio enfoque de «análisis histórico comparativo»,<sup>7</sup> dentro de tal perspectiva nada excluye *a priori* los lazos de causalidad que puedan enlazar las diferentes etapas, fases o «uniformidades». De la misma manera que en la «historia natural» de las revoluciones, la competencia entre «moderados» y «radicales» constituye visiblemente una causa de la emergencia de un «doble poder», el análisis de las transiciones puede traer a la escena las

relaciones entre «moderados» y «radicales» y la competencia entre ellos para «explicar» el deslizamiento, de la fase de liberalización a la «democratización».<sup>8</sup>

La creencia en las secuencias típicas se acomoda bien —al menos en el plano teórico— con el rechazo al fatalismo y también, a veces, con una visión propiamente heroica de las «grandes decisiones». Esta representación de las transiciones mediante vías «en forma de árbol», con enlazamientos y opciones decisivos, salvaguarda sin embargo lo esencial: *a cada tipo de resultado corresponde una trayectoria histórica típica* y el resultado al que conduce esta trayectoria se concibe como la consecuencia de su especificidad.

Es necesario reconocer, sin embargo, que la «tentación de la historia natural» se ha enfrentado, al menos en algunos de los trabajos fundacionales de la transitología clásica<sup>9</sup> con una atención escrupulosa a la realidad histórica de estos procesos. Si bien los autores principales de *Transitions from Authoritarian Rule* tenían en mente, como «modelo» teórico, la conceptualización propuesta por Juan J. Linz y Alfred Stepan<sup>10</sup> sobre los procesos de «ruptura» (*breakdowns*) de los sistemas democráticos, tendieron a soslayar el objetivo central afirmado por Linz: identificar una organización secuencial común (*a patterned and sequential character*) en los procesos analizados. Es un error, en las ciencias sociales, ignorar lo que podría llamarse «resultados negativos» o «falsificaciones» de las investigaciones. Este «fracaso» constituye, por el contrario, un resultado muy estimulante, y quizás incluso el más importante en este conjunto de estudios.

A pesar de ello, la imagen de las trayectorias o caminos históricos típicos afecta y limita todavía a una gran parte de la transitología; así ocurre en particular con el deseo de discernir una vía ideal de la evolución de la democratización. Los «dilemas», «problemas» o «desafíos» de la democratización no debieran ser enfrentados al mismo tiempo, sino de manera secuencial. Ciertamente, aunque no se ha afirmado que la vía ideal sea la única posible, la proposición conlleva un corolario cargado de implicaciones: las oportunidades de la implantación «conveniente», autosostenida o sostenible de la democracia en una sociedad dada serán evaluadas bajo las diferencias observables en relación con esta vía ideal.<sup>11</sup>

Estas diferencias pueden derivarse de contenidos distintos: desde el choque frontal entre diferentes «desafíos» —como el tránsito simultáneo a la democracia y a la economía de mercado—, y los ritmos de cambios (el pesimismo de algunos trabajos de la primera ola de la transitología aplicada a los países de Europa central y oriental viene, en parte, de ahí) hasta la «ausencia» de una clase de empresarios o una verdadera burguesía.

Todo eso aproxima extrañamente al *mainstream* de la transitología con una tradición de análisis de la que, en principio, tienden a distinguirse muchos de sus numerosos promotores: la del desarrollo político», o la «modernización».<sup>12</sup>

No será necesario extenderse aquí sobre la debilidad de las razones que llevan a «comprender» o «explicar» las transiciones mediante trayectorias históricas típicas. Lo esencial en esta perspectiva es la tendencia, no siempre consciente, de intentar explicar la especificidad del punto de llegada del proceso de transición mediante la trayectoria o la secuencia histórica seguida. Comprender o explicar equivale aquí a utilizar, a pesar de la representación de los puntos de ramificación o de las decisiones estratégicas «fuertes», una forma de determinismo histórico bastante rudimentaria, que relaciona este tipo de construcción de la «intriga» histórica con tradiciones más comunes del historicismo; es decir, con aquellos que solo admiten los vuelcos de un fenómeno dado hacia otro que pueda producirse solamente *al margen, en deslizamientos locales* o en transformaciones de *amplitud débil*, o para decirlo como Paul Veyne, que las «pequeñas causas puedan tener grandes efectos».

Explicar las transiciones, y sobre todo sus resultados mediante las especificidades de las trayectorias históricas, tiende a inducir en los investigadores, incluso en quienes están prevenidos contra el sesgo teleológico, la búsqueda de algo no muy lejano a *una ley de desarrollo histórico*. Ello se observa incluso cuando, a diferencia de ciertas formas clásicas de la «historia natural», no se inscribe el futuro de estas trayectorias históricas en los «códigos genéticos»<sup>13</sup> de las sociedades estudiadas o en las «precondiciones» de estos procesos. Estos rasgos están presentes en una parte de los trabajos típicos de la transitología en proporciones variables y bajo formas diversas, pero siempre con efectos parecidos.

## La lógica y la historia

Otro ejemplo de pasos y de esquemas explicativos aplicados para aprehender las transiciones deberían permitirme a la vez precisar el alcance de la discusión emprendida con anterioridad y, simultáneamente, mostrar la imposición de las dificultades que tiende a delimitar: su interés por la discusión parte de que se sitúe en una tradición de búsqueda que pueda ser inesperada aquí, tradición que *a priori*, reivindica una gran desconfianza de cara a paradigmas «deterministas»; a saber, el análisis en términos de opciones estratégicas de los actores.

Los transitólogos que de esta manera creen conjurar el «fatalismo» o el «determinismo», no hacen sino

**Los valores o las culturas están lejos de tener, en las transiciones a la democracia, el lugar central que a menudo estamos tentados de atribuirles, sobre todo en las transiciones eurorientales, donde las democracias son construidas por actores que no necesariamente creen en sus valores.**

reforzar la hipótesis historicista —haciendo de cada resultado la conclusión de una trayectoria histórica que les es propias— por otra hipótesis: la que tiende a sobreimponer, a las diversas trayectorias supuestas, transiciones de secuencias ordenadas o trayectorias *lógicas* de puntos de bifurcaciones (los puntos donde los actores están confrontando «las grandes decisiones»), secuencias o trayectorias ataviadas desde ahora de todas las galas de la necesidad histórica.

Esta imbricación de un análisis en términos de opciones estratégicas de los actores de las transiciones y de las secuencias históricas ordenadas «en árbol», pero tomando la forma de las leyes de desarrollo histórico, que puede ilustrarse mediante la conceptualización de Adam Przeworski sobre «las situaciones estratégicas» características de las transiciones, conducentes a las democracias automantendidas (*self-sustaining democracies*).<sup>14</sup> Aquí tampoco se postula ninguna necesidad histórica —al menos, a primera vista— entre los puntos de partida de las transiciones, las rupturas (*breakdowns*) que afectan a los regímenes autoritarios, y los puntos de conclusión de estos procesos. Como para la mayoría de los trabajos sobre las transiciones, la democracia autosostenida solo se concibe como un resultado particular entre una pluralidad de resultados posibles. De manera aún más clásica, se distinguen varias fases sucesivas en estos procesos de transición, entre ellos, la de liberalización del régimen autoritario, la de democratización, o de transición en un sentido estrecho, y una tercera, de consolidación, en donde deben institucionalizarse ciertos rasgos fundamentales que hacen de un sistema democrático una democracia autosostenida (la institucionalización de los conflictos económicos, la imposición del control de los responsables políticos sobre las fuerzas armadas, etc.). Ciertamente, todo esto no es obvio, por la razones antes apuntadas, pero también porque no es tan fácil como desglosar, con algún rigor, en ciertos procesos de transición en Europa central y oriental (piénsese, por ejemplo en el caso de Checoslovaquia, o incluso en casos tan disímiles como Rumania) una fase de liberalización que anuncie una de democratización realmente distinta.

El punto más importante para la actual discusión es que tengamos que ver con *una, y solo una única* trayectoria

o secuencia histórica de las situaciones estratégicas que desembocan en una posibilidad de transición hacia una democracia autosustentada (*self-sustaining democracy*).

Se quiera o no, estamos en presencia de *una vía única*. La necesidad reside en el camino que recorrer para llegar a este resultado particular, y no a un desarrollo histórico necesariamente inscrito en el punto de partida del proceso, en sus condiciones iniciales.

La perplejidad del lector crece, sin embargo, porque todo esto se prolonga por una especificación congruente con lo que acabamos de aludir en relación con los efectos posibles de los diferentes ritmos de la liberalización: «Ya sea que la liberalización dure algunos años, algunos meses o algunos días, el régimen y la oposición están enfrentados a la misma secuencia de opciones.<sup>15</sup>

Esta hipótesis pone la vara muy alta. Evidentemente, no puede sostenerse en un plano empírico, tratándose en particular de las transiciones en Europa central y oriental. Traduce igualmente algo fascinante para el propio análisis de las situaciones de opción: las temporalidades de los procesos analizados. En esta perspectiva quedarían sin efectos notables sobre los cálculos de los actores, sus anticipaciones, sus capacidades para orientarse, identificar las situaciones, aprender, evaluar la eficacia de sus golpes y de los demás protagonistas o evaluar sus recursos. Por otra parte, presupone, una teoría de la acción, o de la práctica, de las más mecanicistas. También en este sentido, presenta una plausibilidad limitada.

### ***Path dependence* y dependencia frente al pasado**

¿Qué ha sido, de cara a las dificultades señaladas hasta aquí, de los enfoques en términos de *path dependence* que han competido rápidamente, no sin éxito, en lo referido a las transiciones en Europa central y oriental, en la perspectiva de la transitología clásica? Se conoce que la problemática de la *path dependence* ha sido esbozada explícitamente por sus promotores como una *alternativa* a la transitología clásica o estándar, acusada de estar fuertemente marcada por un sesgo teleológico visible

hasta en el propio término de «transición». Es lo que ha justificado la sustitución de este término controvertido por la noción de «transformación» y, al menos en el plano de la terminología, hay que reconocer que la crítica tiene sentido.<sup>16</sup>

Sin embargo, la ruptura reivindicada no solo se situaba en torno a la cuestión de los puntos de llegada de los procesos de transición; abordaba también la visión, inicialmente bastante extendida, de las sociedades de Europa central y oriental —surgida de los derrumbes de los sistemas de dominación de corte soviético— como «no sistemas», «sociedades amorfas», «vacíos institucionales» o, en un plano un poco diferente, de *genesis environments*, en tanto que estos Estados permitían suponer que todo podía salir de ellos —según algunos para mejor y según otros para peor—; que estas sociedades «habían hecho tabla rasa del pasado», y que este realmente no tenía efectos de determinación y que esas sociedades especialmente (es aquí donde se sitúa, probablemente, el blanco principal del ataque) por su carácter, ya amorfo, podían sin exceso de obstáculos constituir excelentes terrenos de ejercicios para un capitalismo *by design*, sin frenos, sin restricciones y sin atender las particularidades históricas de estos terrenos.

Poco importa que el conjunto de críticas provenientes de los promotores del enfoque de la *path dependence* haya estado justificado en todos los casos. Mi argumento es que la ruptura con la transitología clásica —al menos en lo que se refiere al problema discutido, la interpretación de las transiciones y de sus resultados a partir de las trayectorias o secuencias históricas conducentes a estos resultados— no es tan clara como se afirma. En cuanto a las transiciones eurorientales, la variante más significativa del enfoque de la *path dependence* (esa que yo llamaría, en la continuación de este texto, la «dominante»), ha sido sistematizada por David Stark y Lazlo Bruszt.<sup>17</sup>

Esta dependencia, en relación con el pasado, parece tomar la forma de dos series de factores defasados en lo analítico, pero estrechamente vinculados en los procesos reales:

- Por una parte, de elementos «heredados» de los sistemas preexistentes, sobre todo sus formas y recursos organizativos, redes sociales informales, lazos de solidaridad, capitales sociales, hábitos o rutinas de los propios actores. La hipótesis típica, y para mí, si no muy original, sí productiva, es que: «lo nuevo no viene de lo nuevo —o de nada— sino de una reconfiguración o remodelaje de los recursos existentes [...] Es la razón por la que la transformación se parecerá más a la adaptación innovadora, que

combina los elementos en apariencia disímiles de la carpintería —más que un plan de arquitecto».<sup>18</sup>

- Por otra parte, el «pasado», dotado de un efecto de determinación, reviste igualmente otro rostro, no solamente el de estas «sobrevivencias» y estos rezagos emergentes de la sociedad antigua, sino de la particularidad, en cada uno de los países concernidos, de vías de desprendimiento del sistema preexistente, concebidas como «dependientes» de los puntos de partida de estos procesos; es decir, de las características propias de cada uno de estos sistemas preexistentes (de lo cual la transitología clásica no se habría desinteresado hasta ese punto).

En la diferencia entre estos caminos o trayectorias, en las diferencias entre las combinaciones de elementos heredados del pasado, se encuentra la fuente de otra proposición teórica: en Europa central y oriental no hay un proceso unitario y homogéneo de transición, sino una *pluralidad de transiciones*, dependientes cada una de las particularidades locales,<sup>19</sup> de las dos series de factores *subsumidos* bajo la noción de *path*. La sobrevivencia del «pasado» obedece a especificidades locales (y, subsidiariamente, hay por consiguiente trabajo para los especialistas en estas áreas culturales).

Si no es seguro aún que esta proposición se aleje más de lo que piensan los promotores del enfoque de la *path dependence* de las formulaciones de la transitología clásica,<sup>20</sup> esta supone un aspecto todavía más decisivo. La particularidad de cada una de las secuencias locales de «desprendimiento», de cada uno de las vías (*path*) seguidas, está llamada aquí a explicar su conclusión particular, su resultado particular.

Es el camino seguido el que determina a la vez este resultado y sus diferencias con otros: ya no se trata de explicar el tránsito a la democracia o a la economía de mercado, sino a tal tipo de democracia y/o a tal tipo de economía de mercado. En lo referido a las formas institucionales que toman los procesos de privatización en Europa central y oriental, tiende a afirmar que las diferencias muy contrastadas entre las estrategias de privatización en la República Checa, Hungría, Polonia y Alemania del Este, solo podrían hacerse inteligibles<sup>21</sup> si se relacionan con las diferentes vías de desprendimiento de los sistemas comunistas:<sup>22</sup> las dos «revoluciones negociadas», en Polonia y Hungría, contrastan entre sí por la amplitud del compromiso institucional inicial en Polonia, con importantes garantías para los responsables del «antiguo régimen», en particular la presidencia. Mientras en Hungría los comunistas reformistas aceptaron rápidamente la competencia electoral abierta y directa, en Checoslovaquia la rápida capitulación de los detentores del antiguo régimen no se corresponde con el proceso de Alemania Oriental, más cercano a

una especie de «colonización» de parte de la administración estatal y el personal político de la República Federal de Alemania.<sup>23</sup> Esto puede formularse de otra manera: en esta visión de la «dependencia» del resultado respecto a la trayectoria está presente una concepción de la causalidad, de la «marcha de la historia» y de la necesidad histórica que merece ser interrogada. Al analizar esta concepción nos percataremos de que no está exenta de ambigüedades que limitan su alcance explicativo. La cuestión es amplia y compleja y, en algunos aspectos, sobrepasa el mero análisis de los procesos de transición.

### **Critical junctures y coyunturas críticas**

Es necesario subrayar, de entrada, lo siguiente: la trasposición de los análisis en términos de *path dependence* de la ciencia económica hacia la ciencia política o la sociología, está marcada por una inflexión considerable y probablemente, para muchos autores, absoluta, o en el mejor de los casos ampliamente incontrolada. Esta inflexión ha tomado la forma de puesta en escena, en el marco del proceso de *path dependence*, de lo que ha sido identificado rápidamente en la literatura con la etiqueta ambigua de *critical junctures*.

Para la mayoría de los autores, esta inflexión consiste primero en la evacuación, en general poco convincente, del «pequeño acontecimiento histórico». Se le reemplaza, rápidamente, sin siquiera tratar de justificar este modo de construcción de la «intriga» o del «recuento histórico», por acontecimientos o procesos visiblemente a la altura de lo que estas *critical junctures* están llamadas a haber producido —sobre todo en lo que se refiere al análisis de las «transformaciones» en Europa central y oriental—, las vías de «desprendimiento» del antiguo régimen, y con el «pequeño acontecimiento histórico» desaparece simultáneamente el *azar*. Dicho de otra manera, la concepción de un acontecimiento llamado a dar una ventaja inicial o que estimule el proceso en una dirección dada, tiende a reforzar el tipo de visión del determinismo histórico antes señalado.

Un segundo aspecto de la inflexión: casi siempre el acontecimiento que da una ventaja inicial es asimilado sin gran vacilación a una *situación de opción* para sus diferentes actores, exactamente la manera en que los autores afiliados a la transitología clásica, como A. Przeworski, teorizan las bifurcaciones.

Finalmente, el tercer aspecto de la inflexión: la equivalencia rápidamente postulada entre los eventos iniciales, las *critical junctures*, y los períodos, situaciones o, mejor dicho, *las coyunturas de crisis*, que se pueden llamar también «coyunturas críticas». Desde luego, esta

confusión tiene una estrecha relación con la tentación de moderar los acontecimientos; está igualmente vinculada a los esquemas de pensamiento que vehiculan subrepticamente las categorías de lenguaje ordinario (el imprudente e ingenuo argumento etimológico no está lejos: las raíces griegas de *crisis* remiten a discriminación o decisión). Pero para desestabilizar nuestras certidumbres espontáneas sobre la legitimidad de esta equivalencia basta, con plantear la cuestión de saber si todas las «grandes crisis» y todas las coyunturas críticas, constituyen necesariamente *critical juncture* en el punto de partida del proceso de *path dependence* del tipo de los que nos interesan aquí.

### **Incertidumbre, «anormalidad» y consolidación**

Contrariamente a las concepciones sistematizadas por Przeworski, *la incertidumbre no es más la esencia inmutable de las transiciones, como tampoco lo es de la democracia*. Es una variable, en particular, en función de las coyunturas; es decir, especialmente de la sectorización de los juegos políticos de la transición. Los procesos de transición húngaro y —al menos a partir de 1988 y 1989— polaco, han permanecido durante períodos significativos relativamente sectorializados. Esto ha dado a los protagonistas de estas «revoluciones negociadas» la sensación de controlar mínimamente, en ciertos momentos, estos procesos. Este no fue el caso, en 1989, de las transiciones en la RDA, Checoslovaquia o Rumania. En estos últimos casos, estamos en presencia de irrupciones bruscas y amplias, de una incertidumbre que debe ser calificada de estructural, en el sentido de que tiene como resorte mayor las transformaciones de las relaciones entre diversos sectores o campos sociales diferenciados, entre los cuales, *en todos estos casos se encuentran los sectores militarizados*. Pero para captar esta *plasticidad de las estructuras*, su sensibilidad a las movilizaciones, a lo que hacen los actores sociales, hay que poner a distancia las delicias de la oposición objetivismo-subjetivismo y renunciar a pensar las coyunturas críticas en términos de patología o de «anormalidad»... incluso entre comillas.

Percibimos igualmente, de manera acentuada, que el análisis de las transiciones gana al no confundir esta incertidumbre estructural con la incertidumbre *sobre la salida*, cercana o lejana, de los procesos de transición (y la incertidumbre estructural, ni las coyunturas de dessectorialización a las cuales ella está ligada, no tienen, por ninguna virtud mágica, que desembocar, en última instancia, en resultados idénticos).

Estas observaciones presentan, sin embargo, un último interés: permiten comprender lo que se juega

en la manera en que toda una tradición de la transitología concibe, por una parte, la especificidad de la democracia consolidada, y por otra, el proceso de consolidación de la democracia.

En lo que se refiere al primer punto, estas conducen especialmente a abordar con la mayor circunspección posible, solo lo que se ha convertido en uno de los lugares comunes de este campo de investigación: la caracterización de la democracia, justamente, por la *incertidumbre*. Sistematizada por Przeworski (1986), esta caracterización designa, fundamentalmente, la incertidumbre de los actores del sistema democrático sobre el resultado de *la competencia electoral*; la incertidumbre afecta de la misma manera la identificación de los «intereses» sociales que saldrán vencedores y los que han resultado vencidos en la competencia.

Przeworski asocia a estas propuestas la idea adicional según la cual la «naturaleza» de la democracia supondría que todo interés social pueda ser cuestionado por el proceso electoral (*la democracia coincidiría con la sumisión de todos los intereses a la incertidumbre*).

El enfoque aquí esbozado puede permitir delimitar varias de las grandes debilidades de esta caracterización de la democracia. En resumen, estas se vinculan, ante todo, con la vocación «esencialista» que alimenta esta perspectiva. Esta última tiende, en efecto, a soslayar el hecho de que, para que pueda observarse semejante incertidumbre sobre los resultados de las elecciones, es necesario que esté estrechamente circunscrita, y se sumerja, en un océano de certezas. O más bien: para que ella «opere» debe tener, como fondo estable, institucionalizado, objetivado, *un entrelazamiento denso y extenso de certidumbres*, localizadas tanto en el espacio de la competencia electoral como en otros campos o sectores diferenciados y autónomos (y no solamente en otras partes, incluso si esto compete a los sectores militarizados) y sobre todo en los juegos sociales que se despliegan entre los espacios diferenciados y autónomos.<sup>24</sup> Uno de los aspectos cruciales de este entrelazamiento de certezas reside en las relaciones que puedan establecerse entre las élites sectoriales<sup>25</sup> de las sociedades que conocen los procesos de transición y en los apoyos mutuos que sus miembros pueden anticipar por parte de otros sectores; es decir, en una configuración estabilizada de las relaciones o, mejor, de los flujos de transacciones en convivencia entre sectores estratégicos de estas sociedades.

Al tratarse del proceso de transición en sí, esto significa que, contrariamente a la «tesis principal» de Przeworski, el «compromiso democrático» puede ser explícita o tácitamente —al menos en el caso de las consolidaciones mínimamente efectivas, un compromiso «sustancial»; es decir, entre grupos elitistas

diferenciados que ofrecen a unos y otros verdaderas garantías de intereses» (y aquí, de nuevo, esto no vale solo para los militares). Si ponemos a un lado el caso de Alemania del Este, «colonizado» por su poderoso vecino, es más exactamente a lo que asistimos en el conjunto de transiciones este-europeas, incluido en el caso de las sociedades como la checa, reputadas de haber sometido las élites de los antiguos regímenes a depuraciones de dimensiones relativamente importantes.

Estos elementos de discusión permiten definir mejor de lo que están hechas las configuraciones históricas en las cuales tendemos a descifrar las democracias consolidadas. Aquí se desprenden tres rasgos interdependientes, que apuntan, justamente, hacia la hipótesis de un *confinamiento de la incertidumbre*, y un confinamiento «estructural» si nos atenemos a los resultados de las competencias electorales.

- El primero consiste en la tendencia a identificar la ocurrencia de la consolidación, su «buena forma», allí donde haya emergido y se establezca un juego en el que, con razón o no, los actores *creen* que es, para ellos, excesivamente riesgoso alejarse visiblemente de las «reglas del juego» de la competencia democrática.
- El segundo reside en la emergencia de una configuración de relaciones entre «élites estratégicas», marcada por los flujos estables de intercambios en convivencia entre sus diversos componentes.
- Un tercero podría, sin dudas, completar estas dos características de la «buena forma» de la consolidación; en el análisis, este tercer rasgo aparece sobre todo como un subproducto posible de la convivencia de las élites exteriores en el campo político con las de las élites políticas mismas. Este rasgo reside, simplemente, en la emergencia de una «sectorialización del juego político», en su autonomización, al menos en las coyunturas rutinarias, en relación con otros sectores, esferas sociales o campos diferenciados.

Sin dudas, estos rasgos no participan plenamente de una visión «encantada» —en el sentido que Max Weber le da a este término— de los procesos de transición a la democracia. Algunas observaciones me permitirán precisar este punto de vista. En primer lugar, nos equivocaríamos si identificáramos la formación de una alianza entre las élites «estratégicas» de una sociedad en transición con algún prerrequisito, precondition o necesidad de un consenso de estas élites sobre los valores, en particular los de la democracia. Los apoyos mutuos que pueden darse estas élites, así como la estabilidad de su *convivencia*, pueden perfectamente tener otros resortes sociales, comenzando por el

descubrimiento de la convergencia de intereses heterogéneos. Si los resortes de las relaciones de apoyo mutuo entre élites «estratégicas» no son necesariamente esos a las cuales John Highley y Michael Burton atribuyen la virtud de permitir una consolidación efectiva de la democracia estos autores, en cambio, tienen razón al identificar el *sentimiento de su propia seguridad* —que pueden sentir o no los miembros de algunos de estos grupos— como una de las variables de los procesos de transición que condicionan la emergencia de este tipo de configuración de las relaciones entre élites estratégicas.

Más globalmente, los valores o las culturas están lejos de tener, en las transiciones a la democracia y a la estabilización de estos últimos, el lugar central que a menudo estamos tentados de atribuirles. Podemos verificarlo sobre todo en las transiciones eurorientales, donde las democracias son construidas por actores *que no necesariamente creen en los valores de la democracia* (esto vale también en gran medida para las vías históricas de la emergencia de nuestras «viejas» democracias). Por añadidura, no hay que olvidar lo que se ha señalado de inmediato; a saber: la interdependencia de estos dos rasgos de la consolidación. Dicho de otra manera, se observa un vínculo estrecho entre la «capacidad» de las élites para entrar en estas configuraciones en convivencia y las *limitaciones situacionales* de un contexto de acción donde la democracia, por razones que pueden ser perfectamente *contingentes*, es percibida por los autores como «el único juego que cuenta», un factor particularmente acentuado, en los casos de las transiciones eurorientales, al menos en comparación con otros contextos históricos de transición, por ejemplo, durante mucho tiempo, hasta fines de los años 80, en lo que se refiere a las transiciones en América Latina.<sup>26</sup>

No quisiera que se malinterpretara el sentido de mi discusión. Los trabajos de las diferentes corrientes de lo que he llamado aquí la «transitología» a menudo son ricos en observaciones, intuiciones y cuestionamientos teóricos. Constituyen un espacio de investigación prometedor del que se han investido numerosos investigadores de talento. Simplemente, he intentado apuntar algunas de las fallas (y creo que hay que tomarlas en serio) ya que limitan en gran medida la pretensión de la explicación, así como la simple descripción de este conjunto de trabajos. Para estos males, algunos remedios son simples; el problema es ponerlos en práctica. Admito que quizás no sea tan fácil renunciar a la fascinación en cuanto a los procesos de transición. No es fácil abandonar la idea, que parece obvia, que comprender o explicar estos procesos significa, ante todo, explicar la emergencia de aquello a lo que conducen: sus resultados. Sin embargo, temo que no haya otra solución para estos tipos de procesos

históricos, como para un buen número de otros. De otra vertiente de la transitología está claro que el remedio no debería ser menos radical: el conocimiento de las coyunturas críticas, en particular de aquellas que están marcadas por la irrupción de la incertidumbre (no se trata de la incertidumbre sobre el resultado último de la transición), supone su «normalización» metodológica. Esta normalización constituye la condición indispensable de la inteligibilidad de lo que estas coyunturas pueden tener de diferentes, o de semejantes, en relación con otros tipos de coyunturas observables en nuestros sistemas políticos.

Dicho de otra manera, estoy bien consciente de lo que propongo en las páginas anteriores es una terapia de choque. Estoy igualmente consciente de este tipo de terapia deberá, sin dudas, componerse con «formas» salidas del pasado. Pero en las ciencias sociales las hibridaciones a veces comportan un poco más de riesgos.

## Notas

1. Es obvio que el uso de esta denominación no podría significar, en ningún caso, que los tránsitos a la democracia se realicen mediante instituciones o procedimientos democráticos en sí, ni siquiera que sus actores se adhieran a ellos necesariamente.
2. David Stark, «From System Identity to Organizational Diversity: Analyzing Social Change in Eastern Europe», *Contemporary Sociology*, v. 21, n. 3, Nueva York, 1992.
3. Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire?*, Le Seuil, París, 1971.
4. Estos cuatro conjuntos de problemas están lejos de agotar todos los puntos que merecen una discusión crítica profunda. Por ejemplo, entre las dificultades que obviaré están la dimensión internacional y transnacional del proceso de transición, que solo constituye una preocupación marginal o secundaria de la transitología clásica. Para una crítica más desarrollada de este aspecto, particularmente contraproducente en el caso de las transiciones en Europa central y oriental, véase Odrote Bohle, «Internationalisation. An Issue Neglected in the Path Dependency Approach to Post Communist Transformation», en Michel Dobry, ed., *Democratic and Capitalist Transitions in Eastern Europe. Lessons for the Social Sciences*, Kluwer, Dordrecht, Holanda, 2000, pp. 235-61.
5. Los desarrollos siguientes tienden a cuestionar la pertinencia empírica, al menos para una parte no despreciable de los procesos de transición y la utilidad analítica de esta distinción entre la fase de transición propiamente dicha y la de consolidación de la democracia, dos procesos descritos a menudo como realidades históricas y «naturalezas» diferentes.
6. Brinton Crane, *The Anatomy of Revolution*, Vintage, Nueva York, 1965.
7. Theda Skocpol, *State and Social Revolutions*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979.
8. Véanse Adam Przeworski, «Problems in the Study of Transition to Democracy», en Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y

Michel Dobry

Lawrence Whitehead, eds., *Transitions from Authoritarian Rule, Comparative Perspectives*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1986, y «The Games of Transition», en Scott Mainwaring, Guillermo O'Donnell y Samuel Valenzuela, eds., *Issues in Democratic Consolidation*, Notre Dame Press, Indianápolis, 1992.

9. Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Lawrence Whitehead, ob. cit.

10. Juan J. Linz y Alfred Stepan, eds., *The Breakdown of Democratic Regimes*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978.

11. Para una variante más o menos elaborada desde este punto de vista, véase Claus Offe, «Capitalism by Democratic Design?», *Revue Française de Science Politique*, v. 42, n. 6, diciembre de 1992, París, pp. 923-42.

12. Aquí dejo a un lado, al menos en lo que se refiere al punto en discusión, la resurgencia, después de 1989, de interpretaciones en términos de «modernización», particularmente establecidas en la ciencias sociales en Alemania. Sus aporías han sido identificadas desde hace bastante tiempo. Como sugieren las reflexiones anteriores, la dificultad consiste en que estas aporías no parecen ser particulares de los trabajos afiliados explícitamente a estas perspectivas.

13. Esto no quiere decir, en modo alguno, que esa visión de las trayectorias de las transiciones —inscritas desde su origen en semejantes «códigos genéticos»— haya desaparecido enteramente de su *corpus*. Un buen ejemplo en Claus Offe, *Varieties of Transition*, Polito Press, Cambridge, 1966.

14. Adam Przeworski, ob. cit.

15. *Ibidem*, p. 109.

16. David Stark, ob. cit.

17. Lazlo Bruszt, *Post-Socialist Pathways, Transforming Politics and Property in East Central Europe*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998.

18. David Stark, ob. cit.

19. Stark sugiere que esta pluralidad de caminos no solo concierne a las particularidades de los seguidos según el país, sino también las particularidades de las secuencias de «transformación» en las diversas esferas diferenciadas de sus espacios sociales, ob. cit.

20. Algunos de los más importantes autores de la transitología clásica, como Juan J. Linz y Alfred Stepan, han optado, para dar cuenta de los procesos de transición a la democracia en América Latina, Europa del Sur y Europa central y oriental, por una especie de casuística bastante sofisticada de las vías «dominantes» de la *path dependence*, en las que los diferentes resultados ilustran la variedad de los capitalismo reales. Véase Juan J. Linz y Alfred Stepan, *Problems of Democratic Transition and Consolidation, Southern Europe, South America and Post Communist Europe*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1996.

21. En la República Checa estas estrategias han tomado la forma de una «privatización de masas», pero implicando para el ciudadano un «precio de entrada», mientras que en Polonia la «privatización de masas» ha visto los cupones de participación como una suerte de «fondo de inversiones» distribuidos a los ciudadanos sin ninguna contraparte significativa; en Hungría, asistimos a un proceso complejo y en gran medida descentralizado, concluido antes de 1989 y hecho de una reorganización de empresas estatales conducida por sus propios «gerentes». Aquí no sería ilegítimo notar una especie de autoprivatización de empresas o redes de empresas, o de cesiones de activos negociadas entre una agencia gubernamental y los socios seleccionados. Se trató, lo sabemos, de una actividad monopolizada por una agencia gubernamental, la Treuhandanstalt, y realizada sobre un modelo centralizado.

22. Para que el análisis de David Stark y Lazlo Bruszt pueda ser plenamente demostrativo desde este punto de vista, que las diferentes vías emprendidas para las privatizaciones desemboquen efectivamente en la formación de tipos de economías de mercado (y de tipos de empresas, de la estructura de su propiedad y de las redes que los bancos y empresas puedan formar) presentando entre sí diferencias análogas, lo que, por el momento, está lejos de ser totalmente adquirido. Para una comparación de los procesos de emergencia de los mercados en República Checa —donde la «privatización de masas» parece haber concluido hoy, de manera inesperada, en una «estructura de la propiedad» muy concentrada— y en Rusia (sociedades marcadas por las vías de extricación igualmente muy contrastadas), se puede consultar un reciente trabajo de Lazlo Bruszt, «Constituting Markets: The Case of Russia and the Czech Republic», en Michel Dobry, ed., *Democratic and Capitalist Transitions...*, ob. cit.

23. David Stark y Laszlo Bruszt, ob. cit., p. 101.

24. Véase, en particular, Scott Mainwaring, «Transitions to Democracy and Democratic Consolidations. Theoretical and Comparative Issues», en Scott Mainwaring, Guillermo O'Donnell, Samuel Valenzuela, comps., ob. cit.

25. Por «élites» o «grupos elitistas» solo me refiero aquí a los conjuntos de individuos o eventualmente grupos localizados en «las alturas» de los sectores concernidos. El uso de estos términos no remite a las diversas perspectivas elitistas o a las teorías de la dominación que se asocian a menudo con estos conceptos.

26. Véase, por ejemplo, George Couffignal, comp., *Réinventer la démocratie. Le défi latino-américain*, Presses des Sciences Po, París, 1992; o incluso James M. Malloy y Mitchell A. Seligson, comps., *Authoritarians and Democrats. Regime Transition in Latin America*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1987; véase también Georgina Sánchez López, comp., *Les chemins incertains de la démocratie en Amérique Latine*, L'Harmattan, París, 1993.

© TEMAS, 2007